

Clausura del Curso de Verano FAES 2017

El Escorial, 30 de junio 2017

Hemos concluido el programa de estos días de debate y de reflexión en los que todos ustedes creo que han tenido la gran oportunidad escuchar a algunos de los máximos expertos en la Unión Europea, en la teoría y en la práctica, que se pueden encontrar en España.

Estas jornadas se han enriquecido con la presencia de interlocutores en el mundo de la empresa y la economía que tienen mucho que decir cuando hablamos del futuro de la Unión Europea.

Y ha habido también un espacio destacado para un tema crucial para Europa como es el terrorismo y sus víctimas.

Se ha podido analizar el estado de situación de los riesgos del populismo y este curso empezaba con una mesa redonda –una mesa redonda imaginaria porque como han visto, no hay mesas aquí- que se preguntaba sobre la vigencia del sueño europeo.

En resumen, hemos concluido un curso que estoy convencido de que ha cumplido dignamente su objetivo, el de pensar Europa, que no es poco.

Y esto ha sido nuevamente posible gracias a la organización de la Universidad Complutense, a la dirección de los cursos, a la generosidad y el compromiso de los patrocinadores, y al trabajo de las personas de la Fundación Faes que un año más lo han hecho posible. Gracias por tanto al director del curso Gabriel Elorriaga, al secretario Jorge del Palacio y a todo el equipo de organización de la Fundación.

Nuestro agradecimiento a los medios de comunicación que han seguido estas intervenciones y nuestra presencia en El Escorial, aunque no haya sido siempre por interés puramente académico. Y al trabajo realizado por el área de comunicación de la Fundación en facilitar la cobertura informativa de estas sesiones y su difusión a los medios y a través de nuestra página web y las redes sociales.

Y, naturalmente, gracias a ustedes que son los destinatarios de nuestro trabajo. Espero que estos días hayan cumplido o, al menos, se hayan acercado a sus expectativas.

Lo cierto es que teníamos que hablar de Europa.

Europa es, sigue siendo, nuestro gran proyecto. Hemos comprobado que la debilidad de Europa es también la nuestra y que su fortaleza nos hace también fuertes a nosotros.

La España de hoy, aunque parezca que sólo muestre su cara más problemática, es una historia de éxito que no se explica sin lo que significa la voluntad europea de España y el hecho de que Europa haya sido el espacio de integración, crecimiento y solidaridad en el que nuestro país ha alcanzado sus cotas históricas de avance prácticamente en todos los terrenos.

España puede ofrecer a sus ciudadanos una trayectoria de defensa eficaz de sus intereses nacionales, con algunos errores, es verdad, que se han comentado aquí y que no contradicen ese esfuerzo.

Pero defender los intereses nacionales no ha impedido a nuestro país hacer una contribución en muchos casos única al progreso de la Unión.

Las políticas de solidaridad y cohesión, el espacio europeo de seguridad y justicia, las relaciones con América Latina, el impulso a las políticas de liberalización e innovación, la ampliación al Este, llevan todas ellas un considerable componente español. Mucho han tenido que ver en ello, la competencia y el trabajo de nuestros funcionarios bien representados en estas jornadas.

Y mucho ha tenido que ver el que España haya visto en Europa la oportunidad de progreso en vez de una fuente de amenazas.

Con todas sus complejidades e insuficiencias la integración europea es un proyecto de una dimensión histórica y de un valor constructivo sin precedentes.

Y ese proyecto hay que preservarlo, fortalecerlo, corregir su rumbo en lo necesario para que siga fiel a su ideal fundacional en tiempos muy distintos a aquellos en los que nació.

Hoy nadie cree en una guerra entre Francia y Alemania; nos parece una rareza tener que cambiar divisas en vez de movernos con euros; el derecho comunitario se invoca con normalidad ante los tribunales españoles que basan muchas decisiones en el sistema jurídico común; la extradición es ya una institución procesal que pertenece al pasado entre socios de la Unión; la movilidad a través de programas como el Erasmus está permitiendo a generaciones de jóvenes europeos encontrar en Europa un espacio más amplio que nunca de relaciones humanas, vida académica y experiencia personal.

Todo esto no es un regalo de la historia sino el resultado de un aprendizaje muchas veces lento y doloroso que nos mostraba el mejor camino para convivir y progresar como europeos.

No era sencillo crear el euro y estamos comprobando que tampoco es fácil mantenerlo. Ni era fácil superar la desconfianza entre los sistemas jurídicos nacionales para hacer eficaz la lucha contra la delincuencia, también la delincuencia terrorista. Tampoco es una tarea sencilla articular los derechos nacionales y el derecho comunitario, hacer realidad el mercado único, dar nuevos pasos integrando intereses dispares, legítimos, pero a menudo difíciles de conciliar.

Fácilmente podrán llegar a la conclusión de que quien les habla es un europeísta convencido. Y es verdad. Y porque lo soy, no suelo dejarme arrastrar por ese otro europeísmo despreocupado, que cree que se puede seguir más o menos como hasta ahora, que cree que todavía es posible una Unión que se va fraguando en los circuitos tecnocráticos sin conexión con la realidad, o peor, creyendo que la realidad es la que se equivoca.

Si nos hacemos esa pregunta conocida de si estamos mejor, igual o peor que hace un año, la respuesta es que estamos mejor. Sobre todo, porque los riesgos del populismo se han contenido a lo largo de los primeros meses de este año; y porque el Brexit está revelándose, también para muchos británicos, como un grave error; el error que muchos creíamos y deseábamos que no llegarían a cometer.

Pero el triunfalismo está fuera de lugar. Aquí se ha evocado el libro blanco de la Comisión sobre el futuro de la Unión y los cinco hipotéticos caminos que la Unión podría emprender.

El hecho de que la Comisión se plantee ese abanico de escenarios radicalmente incompatibles da idea del desconcierto de la Unión ante su futuro.

No creo que veamos nunca los Estados Unidos de Europa. Creo que no es una hipótesis verosímil. Europa no es un sujeto nacional, ni lo va a ser. No es políticamente viable, ni responde al sentir mayoritario de los europeos, ni tiene sentido asumir los costes que supondría una federación europea.

Pero es que además no es necesario que Europa sea una federación para que haga lo que tiene que hacer para asegurar la pervivencia del euro; para impulsar políticas de crecimiento e innovación; para hacer efectiva la subsidiariedad en la toma de decisiones, o para avanzar en la defensa común y hacer más eficaz la lucha contra el terrorismo.

La opinión europea está saturada de ciertas propuestas voluntaristas, de ciertas élites políticas y académicas que no hacen más que abundar en alguno de los errores que nos han traído a esta situación.

Tampoco es posible seguir como hasta ahora, entre otras razones porque no sabemos muy bien qué significa seguir como hasta ahora.

Podríamos hablar de un débil compromiso con el euro; de las evidentes limitaciones de la Unión para responder a las sucesivas crisis que le han afectado; de las dificultades para emprender reformas que deben impulsarse necesariamente a escala europea o de la necesidad de recordar la importancia de una política fiscal prudente. Si eso es seguir como hasta ahora, me parece claro que no es posible hacerlo.

Reducir la Unión a un mercado integrado tampoco es posible ni deseable. Un mercado sin instituciones no es un mercado, es otra cosa. Eso ya estaba inventado y no es concebible desandar el camino.

Y hacer más con menos, a mi juicio, es un juego de palabras que poco significa. El nivel al que se tienen que adoptar las decisiones de la Unión debe estar definido por el principio de subsidiariedad. La sobrecarga de capacidad de decisión de las instituciones comunitarias no se remedia liquidando estas, sino descentralizando decisiones de acuerdo con ese principio que está acogido desde hace mucho tiempo en el acervo de la Unión.

Queda, por tanto, seguir desarrollando las posibilidades de la cooperación reforzada que ya existe en los temas más sensibles, -desde el euro a Schengen- y que, si somos realistas, es la única vía practicable.

Sin embargo, reforzar la cooperación no significa abrir la puerta a la exclusión. No es lo mismo una Europa a dos velocidades que dos Europas. Si la decisión por la cooperación reforzada se convierte en un instrumento velado de exclusión de otros países que no quieren o no pueden avanzar a la misma velocidad, estaríamos desmantelando la Unión y limitaríamos su proyección de futuro.

El refuerzo de la cooperación debería orientarse a consolidar un modelo que sea atractivo y quede abierto a otros socios. No puede profundizar las grietas que se han abierto dentro de la Unión.

La política de inmigración, la lucha contra el terrorismo, la defensa común son terrenos propicios para esta forma de avance.

Pero no debemos engañarnos. No se trata de encontrar un método infalible o un instrumento institucional sino de encontrar el rumbo que la Unión tiene que seguir en un mundo donde potencias grandes y medias están fijando sus prioridades, sus ambiciones y sus objetivos.

Tenemos muchos problemas, es cierto. Pero Europa no puede seguir ensimismada hablando de sí misma. Debe ofrecer una agenda positiva. No sólo una que consistía en defender, estabilizar o resistir. Eso es muy importante, pero no es suficiente para recuperar la confianza de los ciudadanos en el proyecto europeo.

En la apertura del curso, el ex primer ministro Dzurinda dijo que no podíamos hacer creer a los europeos que la Unión puede resolver todos los problemas. Y estoy de acuerdo.

Los Estados no pueden delegar sus responsabilidades en Bruselas, como si ellos a su vez fueran simples delegados de las decisiones de un ente lejano y anónimo. La responsabilidad de los gobiernos nacionales no es hacer sólo lo que Bruselas dice sino hacer lo que les corresponde por sí mismos que es mucho.

Ni la crisis demográfica en la que estamos instalados, ni los problemas de sostenibilidad del estado del bienestar, ni el futuro de las pensiones, ni la reforma fiscal, ni la mejora de la administración, ni la eficacia del marco laboral, ni el modelo de integración de la inmigración en nuestras sociedades son asuntos que podamos referir a Bruselas. Son decisiones que nos pertenecen y que reclaman ser tomadas por nosotros. Somos nosotros los que tenemos que optar entre diversas posibilidades, entre modelos buenos o malos, entre ideas acertadas o propuestas fracasadas.

Y son temas esenciales que los europeos –y también los españoles- tenemos que afrontar. Con decisiones, con reformas, con la construcción de consensos.

Después de muchos años de crisis, España vive un buen momento económico en términos de creación de empleo y de crecimiento.

El buen comportamiento de estos indicadores económicos no debería hacernos pensar que las reformas ya no son necesarias, o que son prescindibles porque el impulso del crecimiento y el empleo durará unos cuantos años, también si no hacemos nada. Persisten riesgos e incertidumbres. Riesgos como el de la deuda y la necesidad de unas cuentas públicas ordenadas y equilibradas porque el futuro no lo tenemos asegurado.

Por eso con un Parlamento fragmentado como nunca antes debe preocuparnos el abandono de las reformas que siguen siendo necesarias.

Si pensamos en lo que significan cuestiones como la transición energética, la garantía de sostenibilidad de las pensiones, la educación, la innovación, el marco laboral o las consecuencias de una demografía poco saludable, es fácil darse cuenta de que estamos lejos de plantearnos qué debemos hacer y cómo lo hacemos para que todo esto salga bien.

Y aquí no cabe atribuir la responsabilidad en exclusiva al Gobierno. Porque la fragmentación parlamentaria impone a todos los partidos razonables una responsabilidad hacia los ciudadanos que les exige cooperar, acordar y estar a la altura de las circunstancias.

Si asumimos que la fragmentación parlamentaria va a continuar en mayor o menor medida, serán necesarias fórmulas de cooperación más estrechas y más comprometidas que los acuerdos de investidura, o los pactos más o menos episódicos.

Esas fórmulas pueden mantener un gobierno, y desde luego no seré yo quien desdeñe ese factor de estabilidad. Pero difícilmente pueden satisfacer las necesidades de impulso político y de reformas modernizadoras de nuestro país, inmerso en la mundialización y en los efectos económicos y sociales de la revolución tecnológica.

La tarea política de un futuro ya muy inmediato debe ser, a mi juicio, reunir fuerzas en torno a agendas ambiciosas. España y la mejora de sus ciudadanos merecen esa ambición y piden ese esfuerzo.

Sin nostalgia por el pasado de la Unión en aquellos tiempos en los que se hablaba de la “Europa balneario”, debemos mirar al frente, y marcar un rumbo claro de futuro.

Frente al futuro que nos desafía con decisiones que no podremos eludir, el populismo y el nacionalismo vuelven a aparecer como ese viejo dúo conocido de Europa que ha protagonizado en el pasado lo peor y lo más trágico de la historia europea.

No son fuerzas de cambio, sino de regresión. De regresión institucional y económica y de regresión cívica. Nos quieren arrastrar hacia atrás porque nacionalismo y populismo se basan en la división, en la fractura, en la destrucción del marco de convivencia compartido y de las reglas del juego democrático que lo sustentan.

España es uno de los terrenos donde tenemos que librar esa batalla democrática frente a estas fuerzas que sólo han traído a la historia europea enfrentamiento y confrontación.

El desafío independentista en Cataluña es seguramente la prueba más seria a la que se va a someter nuestro sistema constitucional.

Saben ustedes que siempre me he mostrado confiado en la solidez de la nación española y en la garantía de su integridad.

De la misma manera que me siguen preocupando los efectos sociales de división y quiebra interna de Cataluña.

Pero es que eso es el nacionalismo, a eso conduce cuando se prescinde de las reglas del juego. Eso es el nacionalismo cuando olvida los consensos razonables e inéditos en nuestra historia que han permitido integrar en modelos de convivencia útiles.

Quien da una patada al tablero no puede pedir que el juego continúe. Quien utiliza el órdago como forma de conducirse en política, no puede reprochar que el órdago se acepte y, con todas las cartas en la mano, quien lo da, lo pierda.

Por tanto, si el independentismo crea una situación irreductible -y en eso está-, los medios legítimos de la Constitución y del Estado de derecho no serán una opción, sino el deber de las instituciones democráticas de mantener la legalidad.

Frente a los que han decretado ilegítimamente un estado de excepción en Cataluña, propongamos la normalidad de la Constitución y la ley. Porque en democracia la normalidad es la Constitución y la ley. Lo excepcional, lo destructivo es desafiarlas.

Y además de la ley, sí, hagamos política.

A mi juicio, hacer política, buena política en Cataluña significa sentar bases de entendimiento, y sumar voluntades para articular una alternativa amplia al nacionalismo que refleje la pluralidad de la sociedad catalana y construya una opción plural pero consistente que saque a Cataluña de la trampa en la que el nacionalismo le ha arrastrado. La misma trampa, otra vez, una vez más, en la historia de Cataluña, por los mismos y con las mismas y desastrosas consecuencias.

Hacer política ahora es sentar las bases de esa alternativa y decirlo claramente.

Podemos lamentar la deslealtad de los independentistas o podemos trabajar democráticamente y en serio para que los desleales no sigan gobernando.

Podemos quejarnos del radicalismo de los interlocutores o trabajar para cambiarlos.

Podemos buscar paréntesis tácticos o procurar un cambio estratégico.

Creo que en todos los casos la segunda opción es siempre la mejor. Y permítanme que les diga que cuando hablo de alternativa al nacionalismo, de aplicación de ley en medio de muchas voces escandalizadas, de defensa de la Constitución con la normalidad del estado de derecho, sé de lo que hablo.

Hacer política en Cataluña es ganar votos, movilizar y fortalecer una sociedad civil que no quiere que el independentismo usurpe su sentimiento de identidad. Una sociedad que se niega a tener que decidir por la exclusión y a convertir a sus conciudadanos en extranjeros.

Si en algo quiero insistir es en que la política democrática es un esfuerzo permanente de suma, de propuestas que resulten aceptables para un número mayor de ciudadanos, basadas en ideas que construyen y articulan la libertad de todos.

Eso se puede afirmar hoy como imperativo político en Europa, en España en su conjunto, y en Cataluña como parte de nuestro país y de los catalanes como conciudadanos nuestros.

Y pensando en Europa, en España y en Cataluña la política ahora, como casi siempre, lo que nos propone es la tarea de hacer posible lo que es necesario.